

«LOS ENCUENTROS»

Cuando Vicente Aleixandre publicó sus *Encuentros*, lo primero que lamentamos, siendo amigos de él, es haberle tratado tan poco... Nos sentimos en un *lejos* muy particular de tan querido amigo. Nos quedamos sin... El retratista en este caso, en vez de *devorador de apariencias*, reflejaba, con la suya, distintas verdades humanas, convirtiéndose en una criatura que gracias al acreditado *dífrute de lo humano*, puesto de manifiesto a lo largo y a lo hondo de su poesía, demostraba sin la menor petulancia (traducida en maldito envaramiento prosódico) lo que tantísimos retratistas literarios y pictóricos no tienen: legítima autoridad. La autoridad, en el caso de Vicente, venía, como debe pasar siempre que un escritor se sitúa frente a un ser humano para resumir en síntesis obligada aquello en que consiste, del poso existencial ampliamente acreditado por sus versos. Aleixandre no ha utilizado a sus amigos como tema de una serie de prosas más o menos definitivas, convirtiéndoles en pretextos de una destreza en su caso literaria, sino como materia que, al convertirse en forma expresiva, perennizaba lo que en ellos siempre supuso motivo creador. Retratar sin experiencia contrastante obliga a quien lo hace a *explotar* fatalmente a las personas elegidas por el retratista para su propósito. Retratar a algunos seres queridos en una experiencia profunda, decantada, era hacerse eco de lo mejor de su vida, en algo así como en una calificadora bondad.

AUTORIDAD REVELADORA

El problema de la autoridad, que a nosotros nos parece importantísimo siempre que cualquier ser humano se asoma a un alma ajena, ha tenido y tiene en literatura y en pintura consecuencias hasta cierto punto de vista pavorosas. Acostumbrados por desgracia al retrato servil, aparential, adulatorio, quienes creyeron en el penetrante, descifrador en suma, dieron en pensar que para evidenciar algo vivo lo importante era el tratamiento, el dispositivo artesano, poniendo a nuestro

alcance resultados tan superficiales como los llevados a cabo por los *pompieri* adulatorios, si que trastornados por procedimientos expresionistas en uno u otro grado. Muchos retratos de los llamados «modernos», son tan superficiales como los despreciados por «académicos», aunque distintos en apariencia... En el plano literario, el retrato llamémosle inteligente, suele desviarse en muchísimos casos por cauces *caricaturescos*, descifrando claves ajenas, a fuerza de pellizcos más que de resúmenes en totalidad. Como si hábilmente pellizcada la persona que de retratar se trata, entreabriese las claves íntimas para descubrir las cuales cualquier retrato se tiene que plantear. La falta de un entendimiento total de la persona retratada, desde la experiencia viva que autoriza una función tan delicada como es la de efigiar en profundidad a cualquiera, lleva a soluciones *particulares* en el terreno pictórico y a *caricaturales* en el literario que, por si fuera poco, subalternizan el quehacer a que se entregan el pintor o el escritor. Siempre hemos creído que esto ocurre cuando la autoridad de quien retrata flaquea. O cuando pintor o escritor en vez de *querer* en última instancia a las personas que protagonizan sus retratos, las tratan un poco como a «naturalezas muertas», como a «paisajes detenidos», como a un pretexto de su pictórico o literario quehacer.

El «devorador de experiencias» satisface su apetito mientras retrata, pero no *quiere*. Pertenece a la legión de los «retratistas de encargo», compuesta por respetables profesionales, dedicados a levantar acta generalmente de una piel... Para este tipo de retratistas, la cara es el espejo del alma; lo físico, la huella importante de un *dentro* casi inasible. Sus retratos no pasan en importancia de lo que suele llamarse documento en el plano de la vulgaridad municipal. Ordena cuatro datos, con los que pretende crear el mito nada menos que de la peculiaridad humana, y cumple... Sobre todo, cuando en el plano de lo literario no tiene en cuenta que lo que muchas veces se considera *característico*, es mucho más enmascarante que revelador... Los resultados, como todo el mundo sabe, son apoteosis aparentes —en el plano de la pintura— y estampas lírico-críticas en el plano literario. El retrato, adulatorio u objetivo, pone de manifiesto la indiferencia del retratista respecto al retratado, aunque en el caso de los ebrios de «procedimiento» se nos proporcione un resultado donde la forma literaria o pictórica embadurna, enmascara al modelo, en vez de penetrarle y descubrirle en su radical personalidad. Durante mucho tiempo, justo es denunciarlo, este tipo de retratos han abundado como una peste... La moda de definir con pocas palabras a quienes los pintores y escritores grandilocuentemente habían muchas veces embalsamado en inútiles palabreríos, llevó a los «modernos» a esas síntesis generalmente

incompletas, en las que en vez de gozar los valores profundos de una vida ajena, había que adivinarlos... El problema, como fácilmente se deduce, después de miles de experiencias inútiles, no estaba en el escaso número de palabras manejado, sino en que tales palabras procurasen no caer en lo simple, con pretensiones definitorias. Pues bien, lo primero que descubrimos en *Los encuentros*, de Vicente Aleixandre, no sólo es el cariño por las personas que efigia, sino la *holgura* con que las descifra, ajeno a preconcebiramientos estilísticos, casi siempre esterilizantes. Lo que más nos cautiva en sus retratos cordiales, directos, conseguidos por necesidad y no por encargo, es lo que tienen de revelador abrazo, de confianza amistosa, de elegante sinceridad... Conviene recordar por lo pronto que el autor de *Sombra del paraíso* llamó a Bécquer *escuchador*, en adivinación sorprendente. Es conveniente, remitiéndonos a su poesía, tan rica en «alimentos terrestres», su manera de paladear lo vivo, sin duda una de las propiedades más significativas de su manera de ser. Para observar cómo este escuchador de los seres humanos, esta criatura que siempre ha vivido como proclaman los que más le han tratado, atentísimo al devenir constante de lo humano, afila su atención en tan complejo género literario, y procura, de acuerdo a una experiencia puesta de manifiesto en la medida que quiere y valoriza, hacernos partícipes de *cómo pasaron o pasan por la vida* quienes se convierten en protagonistas de sus peculiares retratos.

MANERA DE PASAR

El retratista *explota* a su modelo, siempre que le sorprende, convertido un poco en títere del mundo. Cuando alguna vez los aficionados a que los retraten se disgustan porque los cuadros que les han hecho ciertos pintores de nota nos resultan envarados, enterizos, disminuyentes, procuramos explicarles que la bondad de un retrato está en función de esa huella que produce determinada personalidad en un tiempo, y no por lo plantada que aparece la misma como en una nada existencial. Ya es gordo que infinidad de retratistas no sepan distinguir entre *manera de ser* y *manera de figurar*, por ejemplo. Y triste, que pintores universalmente famosos cobren fortunas a quienes las tienen por *disecarlos* en vez de perennizarlos de acuerdo a su más profunda manera de palpar. Pero es que, generalmente, los que quieren que se les retrate piden por lo visto que se les eternice, *pasmados*, rígidos, convertidos en algo así como estatuas de sí mismos. La explotación del retratista está precisamente en eso: en convertir en *criatura con pedestal* a la que ha pisado la tierra pocas veces con sus

pies descalzos... Obsérvese que en un momento en que la fotografía ha vuelto a recuperar su prestigio perdido, reflejándonos para siempre como todo lo contrario de unos seres envarados, estúpidos, carecen de sentido los retratos pictóricos, donde los pintores explotan la pandería siempre infundada de la criatura humana. Y obsérvese que *Los encuentros* aleixandrinios han aprendido de la fotografía última lo que ésta tiene de documento fiel de unas vidas corrientes, sencillas, acordadas con su normalidad y simpatía, en vez de lo que la apariencia humana a veces consigue de marioneta aparental. No hace falta ser un entusiasta de las técnicas para proclamar algo que no siempre se ha dicho: la adultez alcanzada por la técnica fotográfica después de aquellos tiempos en que todo se hizo plásticamente, para evitar el *pecado* fotográfico. No descubrimos siquiera un Mediterráneo al señalar que la fotografía moderna, después de liberarse de la *tiranía del ángulo*, ha descubierto que donde la realidad más se confiesa es en ese estado de naturalidad al que últimamente se aplica con resultados dignos de todo elogio. Cuando el ángulo, que en definitiva no es otra cosa que el preconcebimiento, se sitúa ante la vida, dispuesto a cuadrificarla de una manera más o menos moderna, la desjuga como ha podido observarse en tanta y tanta fotografía, rica en disposición y pobre en zumos... Cuando la fotografía poco a poco descubre que lo que tiene que perpetuar de la existencia es lo que la misma tiene de riqueza instantánea irrepetible, y que semejante valor hay que encontrarlo, como se encuentra la frescura del agua, aparece lo que podría clasificarse como período áureo de la actual fotografía, perennizando en profunda competencia con lo pictórico, valores que muchas veces no hay técnicas que puedan perpetuar. En este sentido, Aleixandre despedestalizando a sus protagonistas, humanizándolos al máximo, consigue como la mejor fotografía última que la palpación literaria los glorifique sin mitificarlos. Cuando un poeta como él entiende que la mejor manera de subrayar una manera de ser es testimoniar la forma que la misma tiene de pasar por la vida con personalidad y gracia intransferibles, nos enfrenta con resultados donde lo que más cuenta son la fugacidad elocuente, el dato íntimo insuficientemente destacado, las costumbres incluso poco consideradas por analistas y estudiosos, de la persona que se trata de celebrar. Naturalmente que la manera de *celebrar* poética de Aleixandre, en trance prosódico, valoriza en cierta manera los planteamientos que el poeta realiza para escuchar el alma de sus seres queridos. Dado que lo que en su poesía resulta entrega evocativa, en su prosa se traduce por adivinación muy experimentada, enemiga por completo de resultados espectaculares, y que lo que en un verso hecho en tantas ocasiones de carne confiden-